

La cultura de la violencia: la transgresión y el miedo de los adolescentes¹

Alejandrina Silva²

Resumen

La violencia estructural en el mundo actual nos obliga a vivir una «cultura de la violencia», que no percibe las consecuencias del futuro inmediato en la vida de los seres más frágiles en nuestra sociedad, los adolescentes. El presente artículo forma parte de un trabajo más amplio, e intenta abordar el problema desde una perspectiva interdisciplinaria.

Palabras clave: violencia, cultura, adolescentes, trasgresión, conducta, medios de comunicación

¹ Este artículo se inscribe en el proyecto H673-02-09-B financiado por el CDCHT de la Universidad de Los Andes, a quienes va mi agradecimiento.

² Socióloga, Profesora Titular de la Universidad de Los Andes, Doctora en Ciencias Sociales Universidad de Toulouse Francia, perteneciente al Centro de Investigación en Ciencias Humanas HUMANIC.

Abstract

THE CULTURE OF VIOLENCE: THE TRANSGRESSION AND THE ADOLESCENTS FEAR

Nowadays the structural violence constrains us to live a «culture of violence», that does not perceive the consequences of the near future of the most fragile beings in our society, the adolescents. This article is part of a wider research on which is intent to tackle the problem since an interdisciplinary perspective.

Key words: *violence, culture, adolescents, transgression, behavior, mass media*

1. Introducción

Asistimos a un nuevo orden mundial de la desdicha, la miseria y el dolor y vamos descubriendo con asombro (los que aun tenemos esa capacidad) que siempre aparece una forma inédita de violencia; pareciera que la imaginación humana no tiene límites para inventar nuevas manifestaciones de la misma.

La discusión teórica quedo atrás en la relación del hombre con la violencia y la cultura, y encontramos una concurrencia de opiniones que reconoce que la violencia ha acompañado al hombre a lo largo de la historia documentada en las primeras imágenes y representaciones encontradas del hombre en la tierra. El antropólogo Ashley Montagu, refiriéndose a numerosos estudios neurológicos, nos dice que «el cerebro esta programado para la agresión.» Constatamos que los términos de agresividad y violencia suelen a menudo confundirse; por eso es necesario distinguir entre la potencialidad de los seres vivos a la agresividad, que no necesariamente debería ser violenta ni negativa, pues les permite en situaciones de peligro hacer uso de ella, hasta proteger o salvar su vida. Por otra parte, la violencia pareciera ser una invención cultural y es por eso que cada sociedad ha intentado controlarla de acuerdo a normas previamente establecidas

La cultura y las civilizaciones por su parte, se han visto en la necesidad de concebir reglas de juego para limitar el uso de la violencia

tratando de permitir la convivencia más armónica. Al mismo tiempo, se ha autorizado tácitamente una suerte de sofisticación de la misma, que descubrimos en la aparición de nuevas formas de ejercerla, desde el terrorismo común, pasando por el bacteriológico, químico, nuclear, etc... En todo el mundo y en todo momento, se cometen acciones abominables en contra de niños, mujeres y pueblos enteros, la violencia se revela así como el sujeto principal de la vida y la historia humana, se ejerce de forma sistemática, y los más débiles son sus principales víctimas.

Históricamente, el desarrollo cultural y la dinámica social, con el uso de leyes y normas religiosas y civiles, posibilitó sólo por períodos un orden en las tensiones sociales, permitiendo cierto respeto por los otros. Sin embargo, pese al castigo por infringir las leyes y a la represión existente, pareciera que arribamos a un momento de irrespeto total hacia el sistema establecido, en que la inseguridad creciente es la única certeza y el respeto a la vida ha perdido todo significado y con ello los valores consecuentes, sobre todo, cuando se habla ya sin cuestionar de «la cultura de la violencia.»

Ubicados en este contexto, me referiré a los efectos en jóvenes y adolescentes que causa la tolerancia social de la violencia que se manifiesta en el vandalismo en el medio urbano, al mal trato del otro, a la violencia psicológica, que minan el sistema de normas y valores, fundamentos que dan sentido a la vida de los individuos, desmoronando en lo personal la autoestima y la confianza en los otros, pilares del sistema social, de la estabilidad del mundo y el orden existencial. El daño de esta violencia no afecta solamente al individuo que la sufre, sino que es perpetrada contra un colectivo, incluye maltrato verbal, acoso, reclusión, humillaciones, miradas y permanente desaprobación, se manifiesta frecuentemente en forma de bromas, comentarios, burla, amenazas, desprecio, difamación intimidación llegando hasta insultos en público. No necesitamos demostrar cómo este flagelo descrito de la violencia afecta a todos por igual, pero creemos que afecta de manera especial, quedando como impronta a veces irreversible en un grupo etéreo, tan vulnerable como es el de la adolescencia, en plena búsqueda y construcción de identidad que cada uno de ellos intenta resolver a su manera.

Por otra parte, la adolescencia es un período a lo largo del curso de la vida que se caracteriza, entre otras cosas, por la transgresión a las normas y valores aceptados por el colectivo. Estos comportamientos desafiantes en sí mismos son el resultado de la necesidad de cruzar las fronteras de cierta autonomía, si agregamos a estos comportamientos naturales, que son necesarios experimentar propios de esas edades, que no están enmarcados en ningún mapa de rutas.

«El mapa proviene de la no conciencia de límites entre lo individual y lo social... La mayoría de nuestra población no tiene una posición filosófica acerca de sí mismo, la vida, el país, que le dé un sentido a su existir, a sus comportamientos. La mayoría viene de lo imprevisto.» (Manuel Barroso, 1995).

Otras manifestaciones de la cultura de la violencia permitida es el abuso de alcohol y drogas, agresiones entre grupos y que forman parte de la violencia estructural, son prácticas y agresiones interpersonales rutinarias que «normalizan» la violencia a un nivel micro social como son los conflictos domésticos, sexuales, delitos menores, uso y abuso de sustancias alucinógenas o drogas ilegales, enquistada en los órdenes sociales represivos, es de naturaleza abstracta, ya que no puede ser atribuida a ningún organismo en particular, es vista naturalmente y practicada impunemente por todos los miembros de la comunidad. Detrás de esta violencia están todo tipo de desigualdades sociales, sobre todo, en la distribución de la riqueza y el poder. Estas agresiones socialmente soportadas y toleradas, que trabajan a un nivel íntimo de dominación, sin reconocer las estructuras de poder y en que los dominados colaboran en su propia opresión, son definidas por Bourdieu (1997) como *violencia simbólica*: humillaciones y legitimaciones de desigualdades y jerarquía internalizadas, que incluyen desde el sexismo y el racismo hasta las expresiones íntimas del poder de clase. Se ejerce a través de la acción de la cognición y el desconocimiento, del saber y el sentimiento, y actúa con el consentimiento inconsciente de los dominados.

2. Tres maneras destacadas de relacionarse con la violencia

En términos generales hay una suerte de ambigüedad en relación con la violencia, que se evidencia de manera clara en esta «cultura de la violencia.» Por una parte, ante un atentado civil o militar se produce una reacción de condena moral, generalizada de la población ante este hecho concreto, que parte de los cánones políticos y morales establecidos y en vigencia. Cada uno piensa «si yo hubiese estado allí.»

Por otra parte, la violencia puede legitimarse, para algunos, a partir de la liberación de situaciones intolerables, algunos las llaman revoluciones, sin considerar jamás las acciones y los medios violentos que se emplean para tales fines. Esta legitimación la explica de manera magistral Walter Benjamin (1921): «La violencia como medio es siempre, o bien fundadora de derecho o conservadora de derecho. En caso de no reivindicar alguno de éstos, renuncia a toda validez. De ello se desprende que, en el mejor de los casos, toda violencia empleada como medio participa en la problemática del derecho en general.» Para una crítica de la violencia, la mistificación de la violencia que intenta justificarla por causas nobles, se cae por su propio peso, porque el fin siempre es una atentado para la dignidad humana y está al mismo nivel que la justificación de la limpieza étnica, guerras religiosas, genocidios, tortura, delincuencia y terrorismo, campos todos fuera de la moral. La violencia debe ser condenada en todas sus formas, venga de donde venga.

La tercera posición, que viene a recrearse en momentos de inseguridad y de miedos en que vivimos, promovida y permanentemente reforzada por los medios de comunicación y de entretención de masas y que al representarla la banaliza de tal manera que se le convierte en una realidad virtual casi inconcebible, pero para la gran mayoría, estas representaciones alimentan acciones que a su vez hacen posible y dan cuerpo a las representaciones, se crean situaciones psicológicas cada vez más perversas, reforzando la violencia estructural, presentando modelos y tipos de acciones particulares

factibles y comprensibles. La trivialización del mal es un arma para crear miedos.

La mayoría de los programas de la TV, en un día cualquiera, están plagados de violencia; pareciera que el peligro, el miedo y la violencia son un fin en sí mismos. Se han escrito muchos estudios sobre el efecto que estas imágenes causan sobre todo en niños y adolescentes, que son los más afectados por estar en una etapa de búsqueda de identidad y formación de la personalidad.

A partir de la explotación desmedida de la imagen, que se centra en el pensamiento primario a diferencia de la lectura que lo hace con el pensamiento secundario, procesando la información por medio de la razón, la imagen capta de forma inmediata la llamada inteligencia visual, relaciona lo que capta a partir de la propia imagen, actúa sobre la subjetividad y la comprensión de carácter emocional y la interpretación su es absolutamente arbitraria para cada espectador.

Edgar Morin al hablar de la construcción social de la realidad nos dice: «Nuestras percepciones se dan bajo el control, no sólo de constantes fisiológicas y psicológicas, sino también de variables culturales e históricas. La percepción visual experimenta categorizaciones, conceptualizaciones, taxonomías, que van a jugar en el reconocimiento y localización de los colores, las formas, los objetos. El reconocimiento intelectual se organiza en función de paradigmas que seleccionan, jerarquizan, rechazan las ideas y las informaciones, así como en función de significaciones mitológicas y proyecciones imaginarias (1991:24).

3. El cultivo de la violencia

A partir de 1990 una ola de películas realizadas por Oliver Stone, Quentin Tarantino, John Woo, entre otros, cuentan historias que parecieran girar alrededor del protagonista principal «la violencia», presentada de forma gratuita, no organizada sin rumbo, sin principio ni fin, este flagelo es mostrado como el estado natural de las cosas. Este

tipo de espectáculo, que contribuye a desnaturalizar el fenómeno, escapa a lo que algunos críticos defienden como la catarsis social atribuida al rol del cine.

La estética de la violencia cambia la visión de entretenimiento de los jóvenes, quienes parecieran exigir en los contenidos de las series una violencia cada vez mayor que se inventan continuamente nuevas perversiones para ser aceptadas por el público. Aparecen los anime, films para adolescentes y series como MTV. Y los videos musicales, que son junto a los anime lo que más consumen los jóvenes, que compiten en mostrar en el menor tiempo posible, el mayor número de escenas cada vez más escandalosas y violentas. Un ejemplo es el video *All that things she said* del dúo musical pop Tatu en que dos jóvenes rusas que aparecen besándose, ganó el récord de sintonía en todo el mundo en el año 2003 y por supuesto el récord de ventas. Se vende no por la calidad de la música, sino por la audacia de las imágenes.

Así, los elementos de la cultura pop que hasta entonces parecían estar sustentados en el lema de los años sesenta —sexo, drogas, amor y mucho amor— se centra ahora en un solo leiv motiv: violencia, violencia y violencia en la fascinación de las imágenes.

Este es el mundo donde han nacido y viven nuestros jóvenes, adolescentes y niños, socializados por la TV y por juegos de videos, ante la mirada impávida de los adultos que los demonizan, los estigmatizan, los utilizan, pero no dan soluciones a problemas concretos, convirtiéndonos en cómplices de una situación que se nos escapa de las manos.

Los riesgos a los que se enfrentan hoy nuestros jóvenes en Venezuela parecieran ser mayores que en las generaciones anteriores.

La complejidad actual del mundo y de nuestra sociedad, en particular, donde la distribución de la riqueza, que se traduce fundamentalmente en salud, trabajo y educación es arbitrariamente injusta, evidentemente se refleja en la socialización de nuestros jóvenes y sus oportunidades de vida; la transición de este grupo en esa etapa de cambios, tan crucial de la vida conlleva desafíos y riesgos que afrontar y la mayoría de ellos no está preparados para hacerlo.

4. ¿Quiénes son los adolescentes?

Al examinar un período histórico, mas o menos largo, encontramos que el término adolescencia es relativamente reciente, inventado ante la necesidad de la industria de formar mano de obra entre la niñez y la adultez, por tanto, es un tránsito, un pasaje en términos antropológicos, es una etapa iniciática que se ha ritualizado y extendido en los últimos cincuenta años. Se basa en una etapa biológica de cambios importantes y que ocurre entre los 12 y 20 años.

«...la adolescencia, lejos de ser una recapitulación pasiva del pasado, constituye una etapa de la vida dedicada a una revisión vigorosamente activa de la primera infancia y la niñez... Es un espacio pleno de historia y potencialidad» (Kaplan, 1991:14).

Los neurólogos identifican la agresividad y el miedo en los neurotransmisores ubicados en el lóbulo temporal derecho. Estos neurotransmisores que juegan un papel fundamental en el desencadenamiento o inhibición de la agresividad y la violencia, que está a menudo ligada a la presión de grupos, también en la cólera, los responsables biológicos son la serotonina, testosterona, corticosteroide. Esto explicaría en parte los cambios bruscos de humor, la facilidad para la cólera o la falta de interés, conductas que los adultos no entendemos, pero que son posibles de explicar y de educar.

A diferencia de lo que muchos creen, es necesario desprenderse del mito de que todos los adolescentes son iguales, lo que realmente los une es la incertidumbre de vivir en un mundo que no comprenden, y un sin fin de preguntas que les produce ansiedad y angustia, al no poder manejar situaciones desconocidas y que, al mismo tiempo, son presionados para que actúen, o hagan determinadas cosas que los adultos exigen. Para poder entender sus diferentes formas de vivir esta etapa de la vida, es necesario que los adultos tomemos en cuenta el momento histórico y el panorama social que les ha tocado vivir, los espacios donde se mueven o su ausencia, su entorno sociocultural, la interacción familiar, su grupo de pares y el lugar que ocupan dentro de un sistema social desfavorecido para la gran mayoría, es decir, un

abanico de diversidad que nos permitiría diferenciar los problemas para ocuparnos de ellos de manera mas eficiente.

La internalización de las conductas violentas se da naturalmente en los niños y jóvenes, y los valores e ideales de conducta, de imitación inmediata. Los adolescentes en general copian hábitos y conductas de sus pares y de sus ídolos. Las acciones violentas de los jóvenes son reproducciones de patrones de conductas y de ideas de los adultos y están acordes en las soluciones que ellos ven a los problemas cotidianos. Cualquier manifestación de tipo violento, es aprendida socialmente, es un reflejo de nuestra sociedad.

Desde hace años leemos en los medios de comunicación social, alusiones o reseñas sobre la violencia juvenil, que generalmente están referidas a pandillas o a delincuentes comunes de edades juveniles, o «bandas» que están ligadas siempre a presiones de grupo, pero jamás son estudios serios, demostrativos o se realiza el correspondiente seguimiento a dichas noticias; parecieran ser una vez más proposiciones de titulares para el aumento de las ventas o para el lanzamiento de una nueva serie de televisión. Discutir si la violencia juvenil es mayor ahora, que hace veinte o treinta años, se hace difícil, no hay estadísticas que lo prueben; lo que si es evidente es que la violencia del mundo es más conocida hoy que hace treinta años y, por tanto, hay una mayor sensibilidad hacia el tema.

Otra cosa es hablar de la participación de los jóvenes en actos violentos. En términos generales las pandillas son hechos aislados y duran poco.

Bibliografía

- ACOSTA, V. (1999). *Viejas y nuevas violencias. Violencia cotidiana y neoliberalismo.* FACES, UCV. Caracas.
- ARON, R. (1977). *Historia y dialéctica de la violencia.* Monte Ávila, Caracas.
- BARROSO, M. (1995). *Autoestima del venezolano.* Galac, Caracas.
- BENJAMIN, W. (1991). *Para una crítica de la violencia.* Madrid, Taurus.

- BERGER, P. y LUCKMAN, T. (1967). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Univ. Press, Cambridge.
- CORSI, J. y PEYRÚ, G. (2003). *Violencias sociales*. Ariel, Barcelona.
- COWIE, H. (1998). El maltrato entre iguales: la ayuda entre iguales. En: *Cuadernos de Pedagogía*. No. 270, junio, pp. 56-59. Fontalba S. A., Barcelona.
- DE MIGUEL, M. y DEL REY, M. (1998). El maltrato entre iguales. El proyecto SAVE en el CP «Menéndez Pidal. Trabajar día a día.» En: *Cuadernos de Pedagogía*, No. 270, pp. 66-69. Fontalba S. A., Barcelona.
- DÍAZ-AGUADO, M. (1996). El significado de la tolerancia y la violencia en los jóvenes. En: *Programas de educación para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes*. Vol. I, Fundamentación Psicopedagógica, pp. 21-102. Instituto de la Juventud. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (1984) Real Academia Española, Madrid.
- DUVEEN, G. (2000). *Representations, identities, resistance*. Philogene, Ed. Oxford, Blackwel.
- ELZO, J. (2000). *El silencio de los adolescentes*. Temas de hoy, Madrid.
- FERRÁNDIZ, F. y FEIXA, C. (eds.) (2005). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Libros de la Revista *Anthropos*, Barcelona.
- GALLARDO, J. (1998). *Malos tratos a los niños*. Nancea, Madrid.
- GIRARD, R. (1975). *La violencia y lo sagrado*. UCV, Caracas.
- GRAN ENCICLOPEDIA RIALP (1991). Tomo XXII. RIALP, Madrid.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, J. (1995). *Una violencia sin respuesta*. Seminario de Investigación para la Paz, Convulsión y violencia en el mundo. Centro Pignatelli, pp. 349-392. Diputación General de Aragón, Departamento de Educación y Cultura, Zaragoza.
- GÓMEZ, B. y ORTEGA, R. (1998). El maltrato entre iguales: El teléfono amigo. En: *Cuadernos de Pedagogía*. No. 270, junio, pp. 70-71. Fontalba S. A., Barcelona.
- HIRIGOYEN, M. (1999). *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Piados, p. 179, Barcelona.
- KAPLAN, L. (1991) Adolescencia. El adiós a la infancia. Paidós, Argentina.
- KEANE, J. (2000). *Reflexiones sobre la violencia*. Alianza Editorial, Madrid.
- KEMPE, R. y KEMPE, H. (1985). *Niños maltratados*. Ediciones Morata, S. A., Madrid, p. 230.
- LA PLANTINE, F. (1977). *El filósofo y la violencia*. ADAF, Madrid.

- LÉVI STRAUSS, C. (1993). *Raza y Cultura*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- MARKOVA, I. (1996). Towards and epistemology of social representations. En: *Journal for the Theory of Social Behaviour*. Blackwell, pp.
- MORIN, E. (1991). *El Método. Las Ideas*. Catedra Teorema, Madrid
- MOSCOVICI, S. (1973). *Social physiological analysis*. Academic Press. Londres.
(1988). *Descriptions Representations*. European journal, Londres.
- OCHOTORENA, J. (1988). *Maltrato y abandono infantil. Identificación de factores de riesgo*. Vitoria-Gasteiz. Servicio central de publicaciones del gobierno Vasco, p. 241.
- ORTEGA, R. (1998). El maltrato entre iguales: El proyecto Sevilla anti-violencia escolar. En: *Cuadernos de Pedagogía*. No.270, junio, pp. 60-65. Fontalba S. A., Barcelona.
- ORTEGA, R. y MORA-MERCHÁN, J. (1998). El maltrato entre iguales: Para saber más. En: *Cuadernos de Pedagogía*, No. 270, junio pp. 72-74. Fontalba S. A., Barcelona.
(1998) El maltrato entre iguales: El problema del maltrato entre iguales. En: *Cuadernos de Pedagogía*, No. 270, junio, pp. 46-49. Fontalba S. A, Barcelona.
- ORTEGA RUIZ, R. (2001) La convivencia escolar, qué es y cómo abordarla. Programa educativo de prevención de maltrato entre compañeros y compañeras. Consejería de educación y ciencia, Junta de Andalucía, p. 267.
- OYESTERMAN, M. (1998). *Self and social representations*. Flick, Cambridge.
- PÉREZ, O.; PÉREZ, T. y TROPEYA, F. (1997). *Tribus Urbanas*. Piados, Barcelona.
- PÉRGOLIS, J. C. (1996). *La ciudad fragmentada*. Bogotá. Mimeo.
- RESTA, E. (1995). *La certeza de la esperanza*. Barcelona, Piados.
- SILVA, A. (1998). Desarraigo como forma de vida. En: *Boletín Antropológico*, No. 42, enero-abril, Mérida, Venezuela.
(1999) La aseveración de las identidades culturales en el marco del multiculturalismo internacional. En: *Revista persona y sociedad*. No. 3, diciembre, Vol. XIII. Santiago de Chile.
(2000) La reproducción del desarraigo y las identidades colectivas. En: *Revista Fermentum*, No. 29, septiembre-diciembre. Mérida, Venezuela.
- SMITH, P. (1998). El maltrato entre iguales: no sufráis en silencio En: *Cuadernos de pedagogía*, No. 270, Junio, pp. 51-55. Fontalba S. A., Barcelona.
- VIOLENCIA Y JUVENTUD (1998) *Revista de estudios de juventud*. Instituto de la Juventud. No. 42.